

EN BUSCA DE LA MUERTE

(DE LA NOTABLE ESCRITORA SUECA SOFÍA ELKON)

Fué la última que sacaron de entre el herraje del destruido vagón. Las tablas y los tirantes que, muerta, la aplastaban, reteníanla con toda su fiereza. Era como si se hubiesen adelantado en servirla de ataúd, ó se hallara en su lecho de muerte, y buscando contemplarla a sus anchas, se aprovechaban de la luz de la linterna de los empleados del ferro-carril, que iluminaba su rostro cadavérico.

—Ha muerto en el acto—dijo el médico, mientras señalaba la herida sangrando en la parte superior del cráneo y observaba la expresión tranquila del rostro de la difunta. Y añadió:—En realidad de verdad, estaba ya muerta cuando fué lanzada contra el suelo del vagón y su cuerpo hundido y aplastado por este montón de herraje.

Dió orden para que la condujesen en la única sala de espera de la pequeña estación, que, precipitadamente, había sido transformada en hospital.

Viajaba sola en un reservado para señoras y nadie la conocía. El brazo derecho, destrozado del todo, lo tenía debajo el cuerpo, pero en su mano espasmódica y cerrada, conservaba la infeliz una carterita. Dentro de ella se darian con indicios respecto a su dueña. Contenía la bolsa interior algunos papeles, que en vano se esforzaba el jefe de policía en descifrar.

—¿Está escrito en alemán ésto?—preguntó a uno de los viajeros que allí se encontraban alargándole el papel.

—No, en sueco—dijo una voz detrás del mismo.

—¿Una compatriota quizá? ¿Es usted sueco?

—Sí, señor.

—Caballero, tenga usted, pues, la bondad de leerlo por si hay su nombre. ¿La conoce usted por casualidad?

El viajero apartó el sombrero que tapaba la cara de la víctima y retrocedió hondamente conmovido. Quedóse un momento frente a frente contemplándola. Durante aquellos instantes de angustia, había visto cosas espantosas, personas aplastadas, miembros mutilados, sangre por todas partes, pero sin poder distinguir, no obstante, rostros humanos.

Pero el de la joven, iluminado solamente por la linterna del jefe de policía, estaba intacto del todo. Ninguna mala impresión causaba el contemplar aquella fisonomía hermosa. Sus carrillos, con las redondeces de un niño, parecían como si desearan una caricia. Sobre aquella frente, desordenados, posábanse pequeños rizos de su cabello tirando a oro. Por sus labios vagaba una sonrisa enternecedora con ciertos aires casi de solemnidad. Tenía los ojos cerrados. El efecto era de que dormía y que con aquel sueñecito había ido en busca de la muerte.

—¿Así, caballero, no conoce usted a la señora?

—No.

—Pues tenga usted la bondad de repasar

estos papeles y ver si encuentra algunos datos acerca de esta infeliz.

La mano que los alargaba, temblaba tanto como la que los recibía, y por eso las diminutas hojas se movían nerviosamente. Estremeciase el viajero como si realmente tuviera frío, aunque aquella noche de Septiembre era dulce, casi sofocante.

Ni una palabra comprendió al principio. No sabía desprenderse de lo que a su alrededor sucedía. Allí, afuera, en el andén, reinaba una actividad incésante. Veíanse corriendo, arriba y abajo, las linternas de los empleados intentando iluminarlo todo. Un grupo de obreros, en medio de los restos del tren desgraciado, se afanaba para dejar la vía libre. Resonaban los martillazos, rechinaban las sierras y las palas no tenían un momento de reposo. Desde el furgón, arrastraban los cofres medio deshechos, los baules destrozados. Los pitos daban señales y el vapor gemía dentro de la máquina. Rugíase y gritábase, con órdenes por aquí y contraórdenes por allá. Pero más espeluznante que el alboroto y los gritos de los de fuera, era el gemir de los heridos de la estancia contigua y el silencio de muerte que dominaba en la sala aquella.

Tenía el papel muy cerca de la lámpara, y se esforzaba en concentrar su pensamiento. Eran hojas de papel de cartas, escritas apresuradamente por mano de mujer, y que la desgracia ponía a la vista de todo el mundo. Al comenzar la primera página, estaba la fecha del día anterior: «6 de Septiembre, a las 2 de la tarde.»

Sacudiéronle sus nervios una vez más. Su fisonomía tomó un tinte sombrío porque se imaginara que el brazo roto se movía como queriéndole arrancar el papel de las manos y retenerlo, a pesar de muerta, en las suyas.

No, era una ilusión. Ella seguía con su silencio de muerte, bajo las blancas sábanas. Aquel silencio de muerte solemne, traducíalo como una petición, como un ruego que la muerta le dirigía, para que no profanara sus secretos. Después de mucho bregar llegó a entender lo que aquellas hojas decían.

—Sé a lo que me obliga el secreto—murmuró igual que si lo dijera a sí mismo y a la que estaba de cuerpo presente.

Y leyó:

«Pensar que con una palabra mía hubiérame hecho venir a mi lado, que habría comparcido al momento... y que yo esta palabra no puedo decirla.

»Pensar que lo único que por él puedo hacer, es desligarme de su vida, como, dentro de algunas horas, desapareceré de esta ciudad, sin sentir él siquiera que yo tan cerca suyo he estado. Sin que él sepa que yo le amo.....

»No lo sabe, no. Ni una palabra, nada he contestado a su carta. Con mi silencio ha creído que me tenía mortalmente ofendida y que yo deseaba que entre los dos concluyera para siempre todo. Todo... amistad, confianza, relaciones, lo que ilumina la vida mía y constituía mi felicidad... todo, todo.

»¡Sí, su carta terrible agravióme de muerte, y fuera el motivo de acabar de una vez con él si yo no le amara!